



PASATIEMPO IX.
TERTULIA
DE LA ALDEA,

Y MISCELANEA CURIOSA DE SUCESOS
notables, Aventuras divertidas, y Chistes gra-
ciosos, para entretenerse las noches del
Invierno, y del Verano.

SU AUTOR
DON HILARIO SANTOS ALONSO,
residente en esta Corte.

CON LICENCIA.

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martin, calle de la
Cruz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año 1678.



PASATIEMPO IX.
TERTULIA
DE LA ALDEA.

Y MISCELANEA CURIOSA DE SUCESOS
y notables, Aventuras divertidas, y Chistes gra-
ciosos, para entreternerse las noches del
Invierno, y del Verano.

SU AUTOR

DON HILARIO SANTOS ALONSO,

residente en esta Corte.

CON LICENCIA.

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martín, calle de la
Cruz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año 1778.

3

PASATIEMPO IX.

ERan tan puntuales los Tertulios á sus divertidas Asambléas, que ninguno hacia falta al festejo, por ocupado que se hallase; de donde tomó ocasion el señor Cura para reprehender, y afeár á algunos su morosidad, y flojedad en el cumplimiento de sus santas obligaciones, y les empezó à exhortar con suma suavidad la debida exactitud á la Divina Ley, diciendoles en breve quatro palabras de la manera siguiente. No puedo negar, señores, que esta diversion que hemos tomado, y de la manera que la tomamos, es virtud, en quanto nos ocupa el tiempo inocentemente, y nos abstrae de muchos actos peligrosos, ocasionados de la ociosidad; pero tambien debo de decir, que esta puntualidad, y gusto que se nos asoma tan à las claras al presente Pasatiempo, debe de ser incentivo, y llamada á otro gusto, y puntualidad mas debida, y superior à nuestras almas, y que sin duda nos es mas precisa, y debida, por ser mas la utilidad que de ella se nos sigue. Esta diversion, que sin duda, como he dicho, es virtud, por las circunstancias que la asisten, es solo voluntaria; mas la otra, á que os amonesto, es necesaria; aquella libre, pero ésta precisa, por quanto una ser dirigida á lo caduco, y percedero, y la otra à lo eterno, y divino. La diversion que al presente tomamos solo conduce á la privacion del mal; ésta que os aconsejo, á la posesion del bien. Por quanto debemos todos poner en ella nuestro mayor, y mas esforzado conato, por ser lo unico á que debe-

4
mos mirar, como nuestro ultimo fin; pues si estas
asistencias inocentes á estas nuestras diversiones, son
laudatorias, no son mas que unos medios urbanos, y
politicos, para apartarnos de muchos desaciertos, co-
mo son, ociosidad, murmuracion, disensiones, y
otros generos de disturbios, que perturban el alma: y
si esto lo tomamos con tanta exactitud, y puntuali-
dad, cómo deberémos tomar á lo que esto conduce, que
es el buen cumplimiento al servicio de nuestro Dios
en los preceptos de su santa Ley? Asi lo espero de to-
do este Christiano, y Cathólico Cónclave, siendo obli-
gacion mia esta amonestacion amorosa, para que no se
pierda la que á mi me incumbe; y á vosotros, en me-
dio de estos inocentes Pasatiempos, el fruto meritorio
de aceptarla, y cumplirla.

Concluido que hubo el señor Cura, empezó el Me-
dico á referir uno de los sucesos mas estraños, y trá-
gicos que se leen en las Historias, acontecido en la
Gran Canaria, que dice mucho con el suceso singular
que dejamos referido en la Tertulia pasada; pues fue, y
dieron motivo à lo trágico de él unos zelos mal funda-
dos, y unos falsos razonamientos de una perversa mu-
ger; lo qual sucedió de la manera que diré.

Bolvía embarcado de Flandes para la Imperial Ciu-
dad de Toledo un Caballero natural de ella, y de los
mas sobresalientes de aquel noble suelo, llamado Don
Martin, cuyo apellido no se me viene al presente á la
memoria. Naufragó la nave en que venia, cerca de
las Islas Canarias; pues dando en unos escollos, se
hizo pedazos. Pudo asirse de una tabla Don Martin, y
salir à tierra con otro Caballero que venia en la misma
nave. Dieron mil gracias al Cielo por el beneficio que
les havia hecho; y deseosos despues de saber à qué
tier-

5
tierra les havia arrojado su desventura , se subieron á una eminencia , para registrar desde alli el País , temerosos de haver dado en tierra de Moros. Registraron desde aquella altura una gran campiña , muy amena , y florida : y determinandose á bajar de ella , y dirigirse á lo llano , á poco mas de una legua descubrieron un grande , y hermoso Castillo , y vieron delante de él andarse paseando un Caballero , que en su talle , y vestido , con su buena presencia , parecia serlo. Aparecia ser Español en el traje , de que no se alegraron poco los mojados , y hambrientos naufragantes , dando gracias á Dios los huviese echado á tierra de Christianos.

Fueronse ácia el Caballero , que se paró á esperarlos , quien con semblante sevéro , y alegre , los saludó cortesmente , diciendoles : No tengo necesidad , señores , de preguntaros , qué ventura os ha traído aqui , que yá juzgo , en el modo que venís , á pie , y mal enjutos , que haveis escapado de alguna malrotada nave , que en la tempestad pasada se ha perdido , haciendose pedazos en esas peñas ; y no ha sido pequeña merced del Cielo en haver escapado con las vidas , que yá otros muchos han perecido , sin haver podido tomar tierra. Asi es , respondió D. Martin , despues de haverle correspondido á sus cortes salutations : mas ahora os suplico , señor Caballero , le dijo , que me digais , qué tierra es ésta , y si hallarémos cerca algun Lugar donde poder repararnos del trabajo pasado , y del que nos fatiga , que es no haver comido dos dias há. Estais , señores , respondió el Caballero , en la Gran Canaria , y en casa muy propria para que os repareis de vuestros trabajos , porque me pareis en la Lengua Españoles , y
te-

tener yo gran parte de esta dichosa tierra, que es de lo que mas me honro: y así, os suplico acepteis mi casa, donde podreis descansar todo el tiempo que quisiereis, teniendola por muy vuestra.

Agradecieron al noble Caballero Don Martin, y su compañero con corteses razones lo que les ofrecia, aceptando, por la necesidad en que se hallaban, el convite; y subiendo con ellos al Castillo, que como hombre poderoso, y rico, tenia sus salas grandemente adornadas, fueron grandemente hospedados, y socorridos de todo. Dispusose luego la cena con abundancia, y regalo, y entre tanto quedaron los tres en conversacion, contando Don Martin su desgracia. Aderezada la cena, y dispuestas las mesas, yá todos sentados, sacó el Caballero una llave de la faltriquera, y dandola á un criado, abrió con ella una pequeña puerta que havia en la sala, por donde vieron salir una muger, que parecia tener hasta veinte y seis años, hermosísima por extremo, mas tan flaca, y sin color, que parecia mas muerta que viva. No traía sobre sí sino un saco de una gerga muy basta, y éste la servia de toda ropa, ceñido con una sogá. Los cabellos, que parecian hebras de oro, tendidos, y sobre ellos una toca de lino muy tosco. Traía en sus hermosas manos un casco de calavera: salia destilando de sus ojos copiosísimas lágrimas; y al llegar cerca de la mesa, se entró debajo de ella.

Al mismo tiempo que esta infeliz muger salia por una parte, salia por otra una negra, tan tinta, que el azabache era blanco en su comparacion: roma por extremo, la boca grandísima, el ocico, y labios gruesísimos; y en fin, tan fea, que parecia el mismo Demonio. Venian delante de ella dos doncellas
con

7
con dos candeleros de plata alumbrandola. Traía sobre sí muchísima riqueza, vestida de una tela de oro en campo azul, con multitud de diamantes, y perlas. Al llegar cerca del señor del Castillo, con alegre rostro la tomó de la mano, y la hizo sentar junto á sí, diciendola: Seais bien venida señora mia. Empezaron á traer las viandas luego que la negra saludó á los huéspedes, que verdaderamente estaban pasmados de los dos sucesos tan estraños; y mas quando notaron, que el Caballero regalaba, y acariciaba á su negra, dandola los mejores bocados de su plato, y á la desdichada belleza, que estaba debajo de la mesa, la echaba los huesos, y mendrugos de pan, que como tan necesitada de sustento, los roía, y comía.

Acabada la cena, la negra se despidió de los Caballeros huéspedes, y de su amante, bolviéndose con la misma solemnidad que havia salido; y saliendo debajo de la mesa la maltratada hermosura, un criado de los que asistian á servir, la echó agua en el casco de calavera que traía en las manos, con que se bolvió á su estrecho alvergue, y cerrando el criado la puerta con llave, se la dió á su señor. Desocuparon las mesas, y la sala los criados; y viendo el Caballero á sus huéspedes tan suspensos, sin atreverse á preguntar la causa de lo que havian visto, les dijo: Si bien, buenos amigos, el trabajo pasado en la mar os necesita mas de descanso, y reposo, que de oír sucesos, veos tan admirados de lo que en esta casa veis, que estoy seguro, que no os pesará el oír el mio, y la causa de los extremos que advertís, que sin duda los juzgaréis encantamientos. Don Martin le suplicó, que se lo

8
lo dijese : en cuyo supuesto , el Caballero se prometió referirselo.

Haveis de saber , amigos míos , que mi nombre es Don Jayme de Aragon , cuya nobleza lo dice bastantemente mi apellido. Soy natural de Barcelona , en el el Reyno de Cataluña. Fui unico de mi padre Don Jayme de Aragon , que viendome inclinado á las armas , me envió á Flandes á ejercitarme algunos años en ellas , en que me acontecieron casos estraños , que por no pedirlo el tiempo , omitiré por ahora , y solo os referiré el suceso de esta vuestra admiracion. Bolví de Flandes á estos Países , donde encontré á mi padre yá bastante anciano , pero rico como veis. Murió á pocos meses de haver yo llegado , en que quedé heredero de toda su riqueza , y de este Castillo en que estais. Procuré tomar estado , y un dia alcancé á vér á Elena , que este es el nombre de aquella desventurada muger que haveis visto comer los huesos , y migajas de mi mesa. Enamoréme de ella por extremo , porque su hermosura era sin par. Informeme de su calidad , y estado : supe , que era noble , mas tan pobre , que aun para una medianía la faltaba. Era doncella , y sus virtudes las mismas que puedo desear , pues el dote de la hermosura se allegaba al de honesta , recogida , y bien entendida : no tenia padre , que havia muerto un año havia , y su madre era una honrada , y santa señora. Caseme , en fin , con ella , quedando madre , e hija tan agradecidas , que siempre lo estaban repitiendo , y yo como mas amante , me tuve el merecerla por el mas dichoso de los hombres. Saqué á Elena de la mayor miseria á la mayor grandeza , como haveis

veis visto en esta negra que ha estado à mi mesa esta noche, dando envidia à las mas nobles Damas de toda la Gran Canaria, en hermosura, riqueza, y atavíos Yo la queria con exceso, y tan tiernamente, que las horas sin ella juzgaba siglos, y los años en su compañía instantes. Ay de mí, y como me tendreis por loco viendome recrear con el nombre de Elena, y maltratarla, como esta noche haveis visto! Pues sabed, que es Elena mi asombro, mi horror, mi aborrecimiento: fue muger Elena, y como muger ocasionó sus desdichas, y las mias: murió su madre à los seis años de casada Elena, y sentílo yo mas que ella: pluguiera al Cielo que viviera, que quizá á su sombra fuera su hija la que debiera ser.

Tenia Elena un primohermano, mozo, galan, y bien entendido, mas tan pobre, que no tenia para sustentar el seguir sus estudios: y yo, que todas las cosas de Elena las estimaba mias, para que pudiera conseguir los estudios, le traje à mi casa, comiendo, vistiendo, y triunfando á costa mia, y se lo daba yo con mucho gusto, porque le tenia en lugar de hijo. Yá havia ocho años, que eramos casados, pareciendome á mí que no havia un dia: viviamos en la Ciudad, sí bien, los Veranos nos veniamos á este Castillo á recoger la hacienda del campo; y aquel Verano, que fue en que empezó mi desdicha, sucedió no estar Elena buena, y creyendo, que fuesen achaques de preñada, como yo lo deseaba, no la consentí venir aqui: vine yo solo, y como el vivir sin ella era imposible, á los ocho dias, dejandome el deseo de verla, bolví á la Ciudad con el mayor contento que puede imaginarse:

B

lle-

llegué à sus brazos, y fui recibido con el mismo: con qué disimulacion me recibió, y acarició! pidiendome, que si havia de bolver al Castillo no la dejase, que estando apartada de mí, no vivia.

No tardó mucho en llamarme aparte esta negra, que aqui haveis visto, y me dijo: *Yá, señor, no fuera razon encubrirte la maldad que pasa, que fuera negarme la crianza que tus padres, y tu hicisteis á los míos, y á mí, y al pan que me haveis dado. Sabe Dios la pena que tengo en llegar á decirte esto; mas no es justo, que pudiendo remediarlo, por callar yo, vivas tu engañado, y sin honra: y por no detenerme, que temo no será mas mi vida de quanto me vean hablar contigo, porque asi me han amenazado. Mi señora, y tu primo tratan en tu ofensa, y en faltando tu, en tu lugar ocupa su primo tu lecho: yo lo havia sospechado, y cuidadosa lo miré, y desde entonces lo sintieron, y tomaron conmigo una ojeriza infernal. Yo te he avisado de la traycion que te hacen; ahora pon en ello el remedio.*

Mil veces quise sacar la lengua á la vil mensajera, y otras, no dejar en la casa alma viviente; mas viendo, que era espantar la caza si lo hacia, me reporté, y disimulando mi desventurada pena, traté otro dia de que nos viniesemos aqui; y dando á entender, que importaba estar aqui mas despacio que otras veces, envié todo el omenage de casa, y criados, y despues partí yo con Elena, y su primo con suma cautela, disimulando, que yá para mí es, aunque pudiera ser, que no fuera, que al honor de un marido, solo que él le sospeche basta; quanto mas habiendo testigo de vista. Lo primero que hice, ciego de furiosa colera, en llegando aqui, fue quemar vivo al traydor primo de Elena,

na ; reservando su cabeza para lo que haveis visto , que es el casco de su calavera , que traía en las manos , para que le sirva de vaso , en que beba los acibares , como bebió en su boca las dulzuras. Luego llamando á la negra , que me havia descubierto la traycion , la dí todas las joyas , y galas de Elena delante de ella misma ; y por darla mas dolor , la dije , que esta negra havia de ser mi muger , y como á tal , se sirviese , y mandase de la hacienda , criadas , y criados.

Queríase disculpar Elena , mas no se lo consentí. No la maté luego , porque una muerte breve es pequeño castigo para quien hizo maldad tanta contra un hombre , que sacandola de su miseria , la puso en la altura que os he contado. En fin , de la suerte que veis ha dos años que la tengo , no comiendo mas de lo que hoy ha comido , y bebido en la calavera , ni teniendo mas que unas pajas para cama , ni aquel rincon donde está , mayor , que lo que cabe su cuerpo echado , que aun en pie no se puede poner. Su compañía es la calavera de su traydor primo , y asi ha de estar hasta que muera , viendo cada dia la negra que ella mas aborrecia , adornada de sus galas , y en el lugar que ella perdió en mi mesa , y á mi lado. Esto es lo que haveis visto , y os tiene tan admirados. Consejo no os lo pido , que no le tengo de tomar aunque me le deis ; y asi , podeis escusaros de ese trabajo ; porque si me decís , que es crueldad que viva muriendo , yá lo sé , y por eso lo hago. Por quanto , ahora idos á reposar sin decirme nada ; porque de haver traído á la memoria estas cosas estoy con tan mortal rabia , que quisiera que fuera hoy el dia en

que supe mi agravio , para poder de nuevo ejecutar el castigo. Con esto se levantó de la silla , haciendo Don Martin , y su compañero lo mismo , y mandando á un criado los llevase donde tenian preparados sus lechos ; y dandoles las buenas noches , se retiró donde tenia el suyo.

Toda esta conversacion , como estaba inmediato el quarto de Elena , y en la misma sala , la oyó esta infeliz : (que verdaderamente vivia , y padecia inocente) Qué dolor , y angustia no tendria esta santa señora al tiempo de oír relatar á su engañado marido tales cosas contra su reputacion á aquellos huespedes ! Ello se verá á su tiempo. Espantados iban estos de suceso tan extraño , juzgando asimismo , como discretos , que tambien podia ser testimonio que la maldita esclava huviese levantado á su señora , supuesto que Don Jayme no se aseguró de ello. Y resuelto Don Martin en darselo á entender á el otro dia , se empezó á desnudar : mas D. Jayme yá retirado á su quarto , como havia quedado alterado , paseaba por él dando suspiros , y golpes una mano con otra , que parecia , que estaba sin juicio. Quando Dios , que no se olvida de sus criaturas , y queria dar el premio à Elena de tanto padecer , ordenó el que no quedase su casto cuerpo sin honor , y fue de la manera que veréis.

Apenas se havian recogido todos , quando la negra , que estaba yá acostada , empezó à dar grandes gritos , diciendo : *Jesus , que me muero , confesion :* y llamando á las criadas , las decia llamasen pronto á su señor. Alborotaronse todos , y entrando donde la negra estaba , la hallaron batallando con su cercana muerte. Tenia el rostro , y cuerpo cubierto de

un

un mortal sudor, y tras esto, con un temblor que estremecia la cama, y de rato en rato se quedaba amortecida; mas bolvia en sí con los mismos dolores, y congojas à temblar, y llamar à su amo. Llamaronle, pues, y al alboroto se levantaron D. Martin, y su compañero, y al mismo tiempo entraron todos tres en el quarto de la negra. Notaron la riquísima cama en que la abominable figura dormia, que era de Damasco azul, goteras de terciopelo, con francas, y flecos de plata, que á la quenta juzgó ser la cama misma de Elena, que hasta de aquello la havia hecho dueño el mal aconsejado marido.

Luego que la negra vió á su señor, le dijo:

„ Señor mio, en este paso en que estoy no han de
 „ valer mentiras, ni engaños: yo me muero, por-
 „ que á mucha prisa siento, que se me acaba la vi-
 „ da: yo cené, y me acosté buena, y sana, y yá
 „ me veo acabando: soy Christiana, aunque mala,
 „ y conozco, aunque negra, con el discurso que
 „ tengo, que yá estoy en tiempo de decir verda-
 „ des, porque siento, que me está amenazando el
 „ juicio de Dios; y yá que en la vida no le he teni-
 „ do, en la muerte no ha de ser de ese modo; y
 „ así, te juro por el paso riguroso en que estoy,
 „ que mi señora está inocente, y no debe la culpa
 „ por donde la teneis condenada á tan rigurosa
 „ pena: que no me perdone Dios, si quanto dije
 „ no fue testimonio falso que la levanté; pues jamás
 „ yo la ví cosa que desdijese de lo que siempre fue,
 „ santa, honrada, y honesta; y que su primo mu-
 „ rió inocente, y sin culpa; porque lo cierto del
 „ caso es, que yo me enamoré de él, y le andaba
 „ persuadiendo fuese mi amante; y como yo veía,
 „ que

„ que siempre hablaba con mi señora , y que á mí
 „ no me hacia cara , ni me queria , dí en aquella
 „ mala sospecha , que se debian de amar illicitamen-
 „ te : y así , aquel dia mismo que tu veniste del
 „ Castillo , riñendo mi señora con nigo , la dije no
 „ sé qué libertades , que indignada de mi atrevimien-
 „ to , me maltrató de palabra , y obra ; y estando ne-
 „ castigando , entró su primo , que sabido el caso ,
 „ ayudó tambien á maltratarme , jurando entrambos ,
 „ que te lo havian de decir ; y yo temiendo tu casti-
 „ go , me adelanté con aquellas mentiras , para que
 „ tu me vengases de entrambos , como lo hicistes ;
 „ mas yá no quiere Dios , que esté mas encubierta
 „ mi maldad : yá no tiene remedio lo hecho : lo que
 „ ahora te pido , es , que me perdones , y alcances
 „ de mi señora lo mismo , para que me perdone
 „ Dios , y buelvela á su estado ; porque por él te
 „ juro , que es sin culpa lo que está padeciendo.

Si haré , dijo á esta ultima razon Don Jayme , y
 lleno de furor : este es el perdon que tu mereces ,
 engañadora , y mala hembra , y pluguiera á Dios tu-
 vieras mas vidas que esa que tienes , para quitartelas
 todas : y diciendo esto , se acercó de un salto á la
 cama , y sacando la daga , la cosió á puñaladas , pa-
 ra que llegase mas presto la muerte. Fue hecho el
 caso con tanta presteza , que ninguno lo pudo pre-
 venir , ni estorvar , ni creo lo hicieran , porque
 juzgaron bien merecido aquel castigo. Salióse , he-
 cho esto , Don Jaime fuera , y muy pensativo se pa-
 seaba por la sala , dando de rato en rato unos pro-
 fundos suspiros. A este tiempo llegó Don Martin , y
 muy contento le dijo : Pues cómo , señor Don Jay-
 me , en dia de tanta alegría , en que haveis ganado ho-

honor, y muger, pudiendo hacer cuenta, que hoy os casais de nuevo con la hermosa Elena, hacéis extremos tales? Bolved en vos, amigo, y alegraos como todos nos alegramos: dad acá esa llave, y saquemos esta triste, é inocente señora.

Aquietóse algo el pobre Caballero, y sacando la llave, la dió á Don Martin, que abriendo la estrecha puerta, llamó á la Dama, diciendo: Salid señora Elena, que yá llegó el dia de vuestro descanso; y viendo, que no respondia, pidió le acercasen una luz, y entrando dentro, vió á la desgraciada Dama muerta estar echada sobre unas pobres pajas, los brazos en Cruz sobre el pecho, y en una de las manos formada con sus dedos una Cruz: el rostro, sí bien flaco, y macilento, pero tan hermoso como un Angel. Tenia la calavera del desdichado, é inocente primo junto á la cabecera á un lado; y en fin, tan compuesta en todo, que parecia estar en un muy sosegado sueño. Fue tan grande la compasion que le sobrevino al noble Don Martin, que se le arrasaron los ojos de lágrimas, y mas quando llegó, y tentandola la mano, vió que estaba fria; que á la cuenta, asi como desde su penosa carcel oyó á su marido contarles su lastimosa historia, fue su dolor tan grande, que bastó, viendo el crédito que daba á un engaño, á quitarla la vida.

Don Martin, pues, al ver, que yá no havia remedio, despues de haver dicho con copiosas lágrimas: O dichosa tu, Elena, que yá acabaste con tu desgraciada suerte, y desdichada en que siquiera no supieras como yá el Cielo bolvió por tu inocencia, para que partieras de este mundo con
al-

algun consuelo , llamó á Don Jayme, diciendo : Entrad , señor , entrad , os suplico , que para ahora son las lágrimas. Entrad , y ved de lo que ha sido causa vuestro cruel engaño. Entrad , que para ahora son los sentimientos , pues yá Elena no tiene necesidad de que vos la deis el premio de su martyrio , que yá Dios se le ha dado en el Cielo. Entró Don Jayme alborotado , y con pasos descompuestos , y como vió á Elena de la suerte que estaba , llorando como una flaca muger , el que havia tenido corazon de fiera , se arrojó sobre ella , y besandola las manos , decia : *Ay Elena mia , cómo me has dejado ! Por qué , dueño de mi alma , no esperabas á tomar venganza de este traydor , que dió mas crédito á una falsedad , que á tus virtudes ! Pidesela á Dios , que qualquiera castigo merezco.* No son ponderables los extremos de dolor , y sentimiento , que Don Jayme , abrazado con su Elena , hacia.

Mas Don Martin , viendole con tanta pasion , acudió advertido á quitarle la daga que tenia en la pretina , y con que havia muerto á la falsa negra , temiendo no hiciese alguna desesperacion , y es cierto , que la hiciera , pues echando la mano á buscarla , y no hallandola , se empezó á dar puñadas , y á arrancarse las barbas , y cabellos , y á decir algunos desaciertos. Acudieron todos llorando , y casi por fuerza le sacaron fuera ; mas por cosas que hicieron no le pudieron aquietar hasta que rematadamente perdió el juicio , que sobre las demás lastimas vistas , ésta echó el sello , para que quantos estaban presentes , soltando las riendas al dolor , daban gritos , como á si cada uno le faltára la prenda mas amada de su alma , en particular

ar las doncellas ; y esclavas de la difunta Elena, que cercadas la tenian , llorando , y diciendo mil lastimosas razones , abonando , y publicando su virtuosa vida , que por no haver las querido su señor oír , no lo havian hecho antes.

Viendo Don Martin la confusion , mandó , que las mugeres se retirasen adentro , y por fuerza entre él , y los criados llevaron á Don Jayme á su cama , donde le ataron porque no se levantara , y se arrojase por alguna ventana , que esa era su tema , que le dejasen quitar la vida para ir donde estaba Elena ; y asi , mandò Don Martin á dos criados , que no se apartasen de él , ni le dejasen solo. Informóse si Don Jayme tenia algun pariente en la Ciudad , y diciendole tenia un primo-hermano de su madre , Caballero rico , y de mucha calidad , y nobleza , despachó luego uno de los criados con una carta , para que viniese à disponer lo necesario en tantos fracasos. Vino D. Alexandro , y su muger con algunos criados , y hallando tantas lástimas , todos juntos lloraban de ternura , y mas de ver á Elena , que cada hora parecia estar mas hermosa. Sacaronla de donde estaba , que hasta entonces no havia permitido Don Martin tocar á ella , y puesta en una rica caja , que se mandó traer de la Ciudad , despues de haver enterrado á la negra , que parecia un Lucifer , alli en la Capilla del Castillo , con Don Jayme , y el cuerpo de Elena se vinieron todos á la Ciudad en casa de Don Alexandro , dejando algunos criados guardando la hacienda del Castillo.

Mucho fue el dolor , y sentimiento que todos los de la Ciudad mostraron por la inocente Elena,

y mucho mas al tiempo de sepultarla con un sumptuoso entierro; pues todo era un llanto en los que conocian su hermosura, su virtud, y sus amables prendas. Tratóse luego con Medicos afamados dar remedio á Don Jayme, mas no fue posible. Allí estuvo Don Martin un mes aguardando si Don Jayme mejoraba; y visto que no tenia remedio, despedido de Don Alexandro, se embarcó para España, y llegando á Toledo, se casó con una prima, con quien antes de pasar á Flandes lo tenia tratado, con quien vivió pacifica, y gustosamente, y escarmentado en el suceso que vió por sus ojos, para no engañarse de enredos de malas criadas, y criados; y en las partes donde se hallaba contaba el caso para escarmiento, y resguardo de todos los que lo oyesen.

Muy compungidos, y tiernos quedaron todos con el presente suceso, y las mugeres todas, como mas compasivas, no dejaron de llorar entre tanto que se contaba la historia: y así, el tio Pellejero empezó á decirlas quatro chanzas para abstraerlas de sus lloros, que no tenian traza de dejarlos, y luego empezó á referir aventuras de Don Quijote, para del todo borrarlas las lágrimas.

Quedó Don Quijote dando sus tumbas, y bueltas, y haciendo otras muchas locuras entre aquellas sierras, y su escudero Sancho Panza iba caminando para el Toboso. Llegó á alcanzar á ver la Venta donde le havian manteado, y yá le parecia, que otra vez andaba en los ayres, y no quiso entrar dentro; quando al mismo tiempo salian de la Venta dos personas, que luego le conocieron á él, y al Rocinante de Don Quijote, pues eran
eran

eran el Cura, y el Barbero de su Lugar. Llegaronse á Sancho Panza, y luego le preguntaron dónde quedaba su amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó encubrir el lugar, y la suerte, dónde, y cómo su amo quedaba; y así, respondió, que su amo quedaba ocupado en cierta parte, y en cierta cosa, que le era de mucha importancia, la qual él no podia descubrir. El Barbero le dijo: No, no, Sancho Panza, si vos no decís donde queda, imaginaremos, como yá imaginamos, que vos le haveis muerto, y robado, pues venís encima de su caballo. Temió Sancho, y luego confesó de plano, diciendo: Como su amo quedaba haciendo penitencia en la mitad de la montaña: contóles de la suerte que quedaba, las aventuras que le havian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinéa, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los higados.

Quedaron admirados de tantas locuras, y luego pidieron á Sancho la carta. El dijo, que iba escrita en un libro de memoria, con orden de que la hiciese trasladar en el primer Lugar que llegase; á lo qual dijo el Cura, que se la mostrase, que él la trasladaría. Metió la mano Sancho en el seno, pero no halló el librito, ni le podia hallar, porque se havia quedado Don Quijote con él por olvido. Quando Sancho vió, que no hallaba el libro, se empezó á dar puñadas en la cara, y á tirarse de los cabellos, y barbas. El Cura, y el Barbero le dijeron, qué le havia sucedido? Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haver perdido de una mano á otra en un

instante tres pollinos , que cada uno era como un Castillo. Cómo es eso ? replicó el Barbero. He perdido el libro de memoria , dijo Sancho , donde venia la carta para Doña Dulcinéa , y una cedula firmada de mi señor , por la qual mandaba , que su sobrina me diese tres pollinos de quatro , ó cinco que estaban en su casa ; y con esto les contó la pérdida del rucio.

Consolóle el Cura , y dijole , que en hallando á su señor él le haria revalidar la manda. Alegróse Sancho , y dijo , que como aquello fuese asi , que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Doña Dulcinéa , porque él la sabia de memoria. Decidla Sancho , dijo el Barbero , que luego se trasladará. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza , para traer á la memoria la carta. Unas veces miraba al suelo , otras al Cielo ; y al cabo de haverse roido la mitad de la yema de un dedo , dijo despues de un grandisimo rato : Por Dios , señor Licenciado , que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda , aunque en el principio decia : *Alta , y Sobajada Señora*. No dirá , dijo el Barbero , sobajada , sino sobre humana , ó Soberana Señora. Asi es , dijo Sancho. Luego , si mal no me acuerdo , proseguia , si mal no me acuerdo : *El llegó , y falto de sueño , y el ferido , besa á vuestra merced las manos , ingrata , y muy desconocida hermosa ; y no sé qué decia de salud , y de enfermedad , que le envia ; y por aqui iba escurriendo , hasta que acababa en Vuestro hasta la muerte : El Caballero de la Triste Figura*. Mandaron-sela repetir unas tres veces , y cada vez decia tres mil disparates.

Em-

Empezó á contar tras esto las cosas de su amo, y como luego que trajese buen despacho de la señora Dulcinéa, se havia de poner en camino á procurar como ser Emperador, ó por lo menos Monarca, que asi lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy facil venir á serlo, segun era el valor de su persona, y la fuerza de su brazo; y que en siendolo, le havia de casar á él, porque yá sería viudo, que no podia ser menos, y le havia de dar por muger á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico, y grande Estado de Tierra firme, sin Insilas, ó Insulos, que yá no los queria. Admirabanse los dos nuevamente, considerando, quan vehemente havia sido la locura de Don Quijote, pues havia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No le quisieron sacar de su error, y solo le dijeron, que rogase á Dios por la salud de su señor, y que era agible venir con el discurso del tiempo á ser Don Quijote Emperador, como él decia. Lo que yo pienso hacer, dijo Sancho, de mi parte, es, rogarle á nuestro Señor, que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva, y adonde à mí mas mercedes me haga.

Vos lo decís como discreto, dijo el Cura, y lo haréis como buen Christiano: mas lo que ahora se ha de hacer, es, dar orden, como sacar á vuestro amo de aquella inutil penitencia que decís, que queda haciendo; y ahora vamos à comer á la Venta. Sancho no quiso entrar en ella por el miedo que havia cogido quando en ella le mantearon, diciendoles, que tenia motivos para ello, y asi se quedó fuera, y el Barbero le sacó de comer.

En;

Entre tanto que comian , echaron trazas el Cura, y el Barbero como sacar á Don Quijote de su penitencia ; y fue , el vestirse uno de ellos de muger, y llegar al buen Don Quijote en su busca , como Princesa desdichada , para que la favoreciese en un grande conflicto en que se hallaba , no menos que haverla quitado un Imperio que poseía. Quedó asentada esta traza ; y yá iban entrando por las espesuras de Sierramorena , quando encontraron una infelíz Dama , que despechada se havia retirado á aquellas soledades á llorar su desventura , por haverla casado sus padres con quien ella no queria. Consolaronla , y la prometieron su remedio el Cura , y el Barbero ; mas como llevaban trazada la referida idéa , llevandosela consigo , la informaron del hecho , y de lo que iban à executar , y facilmente la convencieron á Dorothéa , que así se llamaba , á que hiciese el papel que havian inventado.

Impusieronla en todo lo que debia hacer , y ella , que era discreta , y aguda , lo hizo muy á lo vivo. Bien ataviada , y con toda la comitiva , empezó á caminar , guiando Sancho al sitio donde Don Quijote estaba. Tres quartos de legua havian andado , quando descubrieron á Don Quijote entre unas intrincadas peñas , yá vestido , aunque no armado : y así como Dorothéa le vió , y fue informada de Sancho , que aquel era Don Quijote , dió del azote à su palafren , siguiendole el Barbero disfrazado , porque no le conociese , y haciendo de Escudero de la Dama. Al llegar Dorothéa cerca de Don Quijote , se apeó con grande desemboltura , y se fue à hincar de rodillas ante las de Don Quijote ; y aunque él pugnaba por levantarla , ella,

sin

sin levantarse, le habló con esta guisa: De aquí no me levantaré, ó valeroso, y esforzado Caballero, fasta que la vuestra bondad, y cortesía me otorgue un dón, el qual redundará en honra, y préz de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada, y agraviada doncella que el Sol ha visto: y si es, que el valor de vuestro brazo corresponde à la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais à favorecer à la sinventura, que de tan luengas tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscandooos para remedio de sus desdichas.

No os responderé palabra, fèrmosa señora, respondió Don Quijote, ni oiré mas cosa de vuestra hacienda, fasta que os levanteis de tierra. No me levantaré, señor, respondió la aflijida doncella, sin primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el dón que pido. Yo vos le otorgo, y concedo, respondió Don Quijote, como no se haya de cumplir en daño, ó mengua de mi Rey, de mi Patria, y de aquella que de mi corazon, y libertad tiene la llave. No será el daño, ni mengua de lo que decís, mi buen señor, replicò la dolorosa doncella: y estando en esto, se llegó Sancho Panza à el oido de su señor, y muy pasito le dijo: Bien puede vuestra merced, señor, concederla el dón que pide, que no es cosa de nada, solo es matar à un Gigante; y esta que lo pide es la alta Princesa Micomiconi, Reyna del gran Reyno Micomicon de Egipto. Sea quien fuere, dijo Don Quijote, que yo haré lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, conforme à lo que profesado tengo; y bolviendose à la don-

ce-

cella, dijola: Vuestrā grān fermosurā se levante, que yo le otorgo el dōn que pedirme quisiere.

Pues el que pido es, dijo, la doncella, que la vuestra magnānima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa, que no se ha de entremeter en otra aventura, ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traydor, que contra todo Derecho Divino, y Humano me tiene usurpado mi Reyno. Digo, que asi lo otorgo, respondiō Don Quijote; y asi, podeis, señora, desde hoy mas desechar la melancolía que os fatiga, y hacer, que cobre nuevos brios, y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que en el ayuda de Dios, y la de mi brazo vos os veréis presto restituida en vuestro Reyno, á pesar, y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren; y manos á la labor, que en la tardanza, dicen, que suele estar el peligro. La doncella le dió muy rendidas gracias, y Don Quijote la abrazó con mucha cortesía, y comedimiento, y mandó á Sancho, que requiriese la cincha á Rocinante, y le armase luego al punto. Yá armado, y montado, dijo: vamos de aqui en el nombre de Dios á favorecer á esta gran Señora. Estaba el Barbero aun de rodillas, teniendo gran quenta de disimular la risa, y que no se le cayesen las barbas postizas con que se havia disfrazado para no ser conocido. Montaron á la doncella en su cabalgadura, y el Barbero en otra que llevaba, y Sancho caminaba á pata, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio: mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle, que yá su señor iba à ser Emperador, pensando, que se havia de casar con aquella Princesa, y ser por lo

lo menos Rey de Micomicon , y à él seguirsele grandes conveniencias.

Todo esto miraba el Cura , y otro que se le havia llegado de entre unas breñas ; y el Cura discurrió traza como hacerse encontradizo con Don Quijote , dejandolos pasar adelante ; y echando por camino desusado , salió al camino real , y se hizo encontradizo con toda la comitiva. Paróse el Cura , y se puso á mirar muy despacio à D. Quijote , dando señas de que le iba reconociendo ; y al cabo de haverle estado mirando una buena pieza , se fue à él , abiertos los brazos , y diciendo à voces : Para bien sea hallado el espejo de la Caballería , el mi buen compatriota D. Quijote de la Mancha , la flor , y la nata de la gentileza , el amparo , y remedio de los menesterosos , la quinta esencia de los Caballeros Andantes. Estando diciendo esto yà Don Quijote le llegó á conocer , y quedó como espantado de verle. Quiso apearse luego , y el Cura no se lo permitió. Saludó con mucho encarecimiento á la doncella , y toda la comitiva , y despues dijo : vamos todos caminando , no perdamos tiempo hasta que nos dividamos.

Proseguian su camino hablando el Cura , y D. Quijote muy gustosos , y admirados de tal encuentro , quando el bellaco del Cura preguntó à la doncella : Vuestra grandeza , señora mia , àcia que Reyno quiere guiar la vuestra señoría ? Es por ventura àcia el de Micomicon ? Ella , que estaba bien en todo , respondió que sí. Si es asi , dijo el Cura , por la mitad de mi Pueblo hemos de pasar , y de allí tomarà vuestra merced la derrota de Cartagena , donde se podrá embarcar con la buena ventura , y en

D.

po-

poco menos de nueve años se podrá estar á vista de la gran Laguna Meona, digo Meotides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del Reyno de vuestra merced. Vuestra merced está engañado, respondió la señora, porque yo poco menos de dos años salí de mi Reyno, y aun habiendo tenido borrascas, llegué á ver lo que tanto deseaba, que es el señor Don Quijote de la Mancha. Será así, dijo el Cura: ahora, pues, vamos caminando ácia la Venta, que estará de aquí como dos leguas, donde tomaremos algun alimento, y bolveremos á tomar el camino. Llegaron á la Venta todos muy contentos, por ver conseguidos sus fines, que eran el sacar á Don Quijote de Sierramorena, para llevarle á su Lugar, y curarle de su locura, como lo hicieron, de que se hablará en la Tertulia siguiente, y lo acontecido en la Venta, que todo fue extraño, y muy gracioso.

Mucho divirtió á los Tertulios la traza del Cura, y el Barbero para sacar á Don Quijote de su penitencia disparatada, y yá quisieran saber el modo que usaron para desde la Venta meterle sin repugnancia, ni estorvo alguno en su Lugar; pero saltó el Escribano, y dijo: Señores, la noche camina demasiado con el gusto, y la diversion: justo será referir algunos chistes, como acostumbramos, para dar cumplida nuestra diversion, antes que nos coja la hora; y aunque esta noche no serán tantos como la pasada, lo serán muy gustosos, y alegres: y así, yo empezaré con la ayuda de Dios.

Havia en la Corte de Madrid un hijo de un Grande de España, yá casado, y de mediana edad. Tenia á su padre muy anciano, de manera, que

picaba yà en los noventa años. Estaba deseoso el hijo de entrar en el gobierno, y posesion de sus Estados: mas el padre se lo retenia, porque aun mantenia cabeza, y brio para gobernarlos. Una noche, que havia el hijo maquinado demasiado sobre el asunto, se salió à deshora despechado de casa. Iba por la calle de las Carretas pensando rabioso en ello, y que su padre tenia trazas de vivir, segun la robustéz que gastaba, mas que Mathusalén; quando à este tiempo se encontró con la Ronda. Dijeronle: detengase; quién và à la Justicia? El respondió enfadado: *El Hijo del Padre Eterno.* Quedaron admirados los Alguaciles; y uno de ellos saltò pronto: *Pues venga el Hijo del Padre Eterno à la carcel, y desde alli apele à su Padre, que le sacará si puede.* Llevaronle, pues; y él sin hablar mas palabra se dejó guiar. Al estar yà para entrar en la carcel de Corte, llegó uno de los Alcaldes con otra Ronda, y algunos presos. Preguntó à los Alguaciles, qué preso era aquel que traian? *Señor*, respondieron, *el Hijo del Padre Eterno.* Llevóle la curiosidad de verle, y lo mismo fue mirarle, que conocerle. Dijole el Alcalde, *Señor Excelentísimo, V. E. de esta manera, qué es esto? Que ha de ser*, respondió el preso, *que me traen à la carcel por decir con sobradísima razon, que soy el Hijo del Padre Eterno.* *Vaya Señor*, dijo el Alcalde, *dejese V. Excelencia de esas cosas, y recojase à casa; pues qué razon sobradísima le asiste para decir, que es Hijo del Padre Eterno? Mucha*, señor Alcalde, respondió el Grande. *No es razon bastante el tener un padre, que segun vive, no tiene trazas de morir hasta que Dios venga à juzgarnos? Qué mas eterno le quiere? Vive el*

Cielo, que si no muere, ó me deja los Estados dentro de un mes, me aborcaré de un arbol, y despues mas que viva hasta la fin del mundo. Sosegaronle, porque yá se iba poniendo furioso, y el Alcalde, con algunos otros Alguaciles, le acompañaron à su casa, celebrando el chiste, y bufonada.

El tio Pellejero dijo: en caliente, en caliente otro, que se me ocurre muy semejante al pasado. Iba por las calles de Sevilla, muy cerca de la media noche, un loco que hubo en aquella Ciudad muy afamado, llamado *Juan Garcia*. Encontróle la Ronda, y al oír, quién và á la Justicia? respondió en alta voz: *Dios Padre*. Cercaronle los Ministros, dándole no pocos golpes, á que repetia: dejadme, que soy *Dios Padre*. Dabanle muchos mas, hasta que conocido, le dijo el que iba de cabo: *Loco, por qué no dices quien eres, y asi no llevarias estos golpes?* Replicó enfurecido, y agudo: *Harto mas loco eres tu; pues si diciendo, que soy Dios Padre, me tratais asi, qué bariais si dijera, que era Juan Garcia.*

Rióse mucho este agudo chiste, juntamente con el antecedente, y luego el Medico salió con otro, tambien bastante agudo, y chistoso. Havia en un Lugar mediano de la Mancha un mozalvete muy tonto, y necio, que rabiaba por ponerse majó, y petimetre. Quiso ir con otros á una fiesta de toros, y le faltaba vestido de camino, deseando lucirlo, como un perdona vidas, con su capotillo con mas cintas, y borlas que un macho de acémila, chupa de ante, calzón ajustado, sombrero blanco, y su chafarote, y pistolas. Supo, que un amigo suyo tenia todo lo dicho, y pasó luego á suplicarle se lo concediese. El amigo se lo negó, diciendole, que podría

dria ser , que él tambien lo necesitase , si acaso se le antojaba ir á la fiesta , pues no estaba fuera de eso. Bolvióle á importunar sobre que se le diese , y tanto le molestó , que el amigo enfadado , le dijo : *Primero te prestaría una albarda con todos sus aparejos , que mi vestido.* Hallabase alli un truhan muy picaron , y dijo con mucha socarronada : *Señor mio , esa albarda que usted ofrece al señor , ahora no la quiere , en qualquier tiempo le vendrá bien ; mas al presente le conviene ir muy disimulado , y ageno de lo que todos conocemos.*

De pronto se ofreció el Medico á contar otro muy agudo de una Matrona Romana , en tiempo de Bonifacio VIII. y acontecido con este mismo Pontifice , que fue el siguiente. Dieronle parte á este Papa , como la muger de un grande enemigo suyo , llamado Agapeto Columnense , estaba preñada. Havia años que andaba Agapeto ahuyentado de Roma por temor del Pontifice , y se persuadió éste , que no podia menos de haver estado en Roma su marido (como con efecto estuvo en tiempo del Jubiléo ; disfrazado) y encendido en enojo , mandó trajesen á la muger de Agapeto á su presencia. Vino ésta muy vergonzosa , y como disimulando con sus vestidos su preñado. Mas el Pontifice , como era acre en el reprehender , la dijo luego : *Quitate ese manto. Quién ha sido el que te ha puesto así ?* A lo qual , viendose obligada á responder , dijo con mucha bellaquería : *Santisimo Padre , tu me has quitado á mi marido , desterrandomele de Roma. Qué havia de hacer sin éste , quando la edad , y mi hermosura me persuadieron à executar lo que ves ? Entre los innumerables peregrinos que en este Año Santo han concurrido á el Jubiléo á esta Ciudad , habiendo visto á un varon muy semejante , y parecido al mio , me aficioné á él , y llevada de la memoria de mi amado ,*

y

y desterrado dueño , me entreguè á sus cariños una noche , y al dia siguiente , dejandome como me ves , buyó de Roma. Havia venido Agapeto disfrazado en habito de peregrino á la Ciudad , y estando con su muger aquella noche , al dia siguiente se marchó sin ser conocido ; y advirtiendo la bellaquería , y sagacidad de la muger el Pontifice , la celebró , y dejóla ir libre : no habiendo sido menos celebrada en la Ciudad de Roma , como en la presente Tertulia.

Sacó el señor Cura la muestra para ver en qué hora estaban , y viendo , que yá poco faltaba para las ocho , que era la hora en que ponían punto á su Tertulia , y cada uno se iba á su casa , se prometió el Escribano , Mathéo Rebolledo , á ocupar aquel rato con un cuento muy gracioso , que causó mucha risa á los congregados , que fue el siguiente.

En un Lugar de Castilla vivia un buen hombre , no de muchos alcances , llamado *Antonio Crespo*. Este caminaba á cierto Lugar , no muy lejos del suyo , con un pollino cargado. Acertó á pasar por un barranco , en que se atolló dicho pollino. Hacia por sacarle de él , y no podia : pasaba por alli otro tio del Lugar , llamado *Juan de las Heras* ; y viendole en aquel aprieto á su convecino , se apeó de su asno , y le ayudó á sacar el otro del barranco. Dabale palos el tio Anton Crespo , y Juan de las Heras , agarrado del rabo del pollino , hacia por levantarle. Tanta pujanza hizo , que vino á quedarse con el rabo en las manos ; pero por fin le sacaron del atolladero. El buen Anton Crespo , que se vió con su pollino sin rabo , se dió por ofendido , y pidió á Juan de las Heras se le pagase , pues el pollino de aquella manera no le servia. Este le decia, que

que él por malicia no lo havia hecho, sino movido de caridad, al verle en aquel conflicto. El otro insistia en que se le havia de pagar. Llegó el caso á emplazar Anton Crespo á Juan de las Heras ante el señor Alcalde del Lugar. Oida la causa por éste, sentenció de esta manera: *Por quanto vista la queja de Anton Crespo contra Juan de las Heras, ser un accidente, y no haver procedido de malicia, antes bien por caridad de verle èste á aquel en un abogo, digo, y sentencio, segun prudencia, y derecho, que Juan de las Heras se lleve el pollino á su casa, y le cuide con la decencia mas debida, como ageno, y de su compatriota Anton Crespo, como tambien, que se sirva de èl hasta tanto, que le salga, y crezca la cola; y que èsta crecida, se le debuelva.* Admiraron todos el buen corte, y sentencia del Alcalde, y Anton Crespo se dió por muy satisfecho de la resolucion del Alcalde; con que Juan de las Heras se llevó el pollino, y se servia de él muy á su gusto. Reflexionó despues sobre la sentencia Anton Crespo, que era preciso, que jamás bolviese el pollino á su poder; y asi bolvió á presentar peticion ante el señor Alcalde, diciendo: *Señor Alcalde, haviendo premeditado la precedente sentencia, hallo ser muy perjudicial á mi persona, porque estoy informado, que al pollino jamás le crecerá el rabo, una vez arrancado.* El Alcalde respondió muy engreído: *Atengase á lo dicho, y primeramente decretado. Llevese Juan de las Heras el pollino hasta que le crezca el rabo.* Insistia Anton Crespo, y decia: *Cómo le ha de crecer el rabo al pollino si no le tiene?* Replicaba el Alcalde: *El borrico no tiene espinazo? el rabo arrancado no dejó raíces? pues èl crecerá. Cómo es posible que crezca?* replicaba Anton Crespo. Mas yá en-
fa-

fadado el Alcalde , le dijo : *Majadero , no sale , y crece una acenoria de la tierra ? pues por què no podrá salir , y crecer el rabo en el pollino , siendo tan parecido , y semejante un rabo à una acenoria ? Ademàs , que si la acenoria sale , y crece quanto antes si la echan estiércol , el rabo del pollino , que tiene mas á la mano el estiércol , no saldrà , y crecerà mas antes ? Vaya , y espere à lo decretado , que à su tiempo saldrà , y crecerà el rabo al pollino , como crecen , y salen las acenorias.*

Alborotaronse todos los de la Tertulia , y sin poder contener las risotadas sobre sentencia tan disparatada , se fueron à sus casas riendo à mas reír ; y viendolos reír sus mugeres , sin saber los motivos de aquella risa , los tuvieron por locos.



FIN.